

Apuntes de un diario. 4-7 de abril - Manuel Pecellín

4.IV.-

Al fin, cifras para sostener la esperanza. Disminuyen los nuevos contagiados y aumentan las curaciones. Lo comento con Quico, mi antiguo compañero de cuadrilla entre viñas y olivares, que tan mal lleva la reclusión. Le pregunto por su hija María José, médico, que actualmente está sometiéndose a pruebas de fecundación artificial, porque está decidida a ser madre soltera por este procedimiento. También lo han sido así, recientemente, las hijas de mi hermana Julia, Carmen e Isabel, dos auténticas eminencias. La segunda es profesora de la Facultad de Medicina de Sevilla y pediatra en el hospital Virgen del Rocío, en cuyos laboratorios de análisis trabaja la primera, farmacéutica, igualmente con el doctorado hecho. A mí me emociona que nazcan niños, por cualquier método, sobre todo si se les acoge con ilusión.

Hoy he preparado una caldereta, pero no cordero (plato rey de la cocina extremeña, cuando se hace uno lechal, no con un ovejo resabiado), sino de humildes habas. Las pongo con sofrito de cebollas, ajos, pimienta y tomates, a lo que añado unas ramitas de yerbabuena (la tengo abundante en el jardín), más un pelín de nuez moscada, pimienta negra, clavo y ají bien picante. Me enseñó la receta mi amiga Laura Torrado, profesora de matemáticas. Lo que tiene su aquél, pues se sabe la fobia que la comuna pitagórica, estrictamente vegetariana, sentía contra esta peculiar legumbre, hasta llegar a prohibir su ingesta. Se han aducido para tal disposición razones escatológicas (flatulencias), míticas (simbolizan los genitales femeninos), médicas (producen "favismo") o vaya usted a saber. No creo que a Pitágoras, si realmente existió, lo asesinasen por razones dietéticas. La verdad es que las habas pueden consumirse crudas, como las gárgolas de los garbanzos, arrancándolas de las matas con un suave tirón. Lo hacían en mis tiempos los chiquillos, más bien por juego, y sobre todo los que tenían los estómagos sin consuelo. ¡Las habas verdes han quitado mucha hambre! Conscientes de los presumibles robos que sus plantaciones iban a sufrir, cuando el fruto maduraba, los campesinos construían un pequeño refugio para pasar las noches guardándolas de manos ajenas. "Según es el chozo, así es el jabaero", rezaba el refrán, vista la habilidad y cuidado con que cada uno lo construía.

A robar unos puñados de habas con que calmar su hambre salió más de una noche cierto adolescente por los campos de Santa Marta, en la feraz, aunque mal repartida, "Tierra de Barros". Muchos años después, convertido en un hombre con posibilidades, le gusta hacer sembrar varias parcelas próximas a la población con el antaño tan requerido fruto e invita a cuantas personas lo deseen a llevárselo con absoluta libertad. En los años últimos, de saturación, casi nadie lo hacía y era preciso segarlas, una vez secas. ¿También seguirá siendo así tras las ruinas económicas que va a traer el coronavirus? Entonces, ojalá haya muchas personas como Bartolomé Gil Santa Cruz, el protagonista de nuestro relato.

Hace algún tiempo (4 de octubre de 2018), la R. Academia de Extremadura abría en Cáceres la inauguración del curso otorgándole un diploma de reconocimiento como gratitud por los favores que de D. Bartolomé ha recibido. Asumió la *laudatio* del hoy ilustre extremeño D. Feliciano Correa Gamero, quien había puesto prólogo a la segunda edición, corregida y aumentada, de la biografía publicada hace dos lustros con significativo titular: *El hambre y la fe. El camino de una vida* (José Luis Blanco Fernández, *El hambre y la fe. El camino de una vida. Relato biográfico de la vida de Bartolomé Gil Santacruz*. Badajoz, Tenagil, 2018, 2ª).

Alguien nacido en familia con máximas necesidades (Santa Marta, 1935), el albañil que no pudo ir a la escuela y sólo aprendió a leer ya adulto, tras superar dificultades increíbles para sobrevivir y mantener a los suyos, llegaría a labrarse un sólida posición económica a fuerza de trabajo, ingenio y osadía. Aquel hijo de un humilde barbero destrozado por los avatares de la guerra civil, nunca olvidará sus orígenes. Entre otras virtudes, ha mantenido un admirable espíritu solidario, que le convertirá durante decenios en el “Mecenas de Extremadura” por antonomasia. Ni le sujetarán los límites regionales, que las generosas “bartoladas” se pueden percibir también en instituciones de apoyo a la infancia desamparada de países como Perú, Santo Domingo o Bolivia.

Fue precisamente Santiago Brun (n. Badajoz, 1945), coordinador de la ong ADASEC, desde donde se desarrollan proyectos de ayuda a los más desfavorecidos, quien convenció a Bartolomé Gil para que trazase sus memorias. Consciente de que no lo pondría por escrito, se las hizo contar delante de una grabadora. A esos materiales lingüísticos le dio forma literaria José Luis Blanco Fernández (n. Plasencia 1945), hombre polifacético (arqueólogo, funcionario internacional, informático, ensayista), que justamente luce como autor de la obra. Ha tenido el acierto de respetar el tono autobiográfico, redactándola en primera persona. Aunque se percibe (a veces, en exceso) la reelaboración del discurso original, no le resta frescura, sobre todo en los pasajes donde, para enfatizar la pureza prístina, las declaraciones o diálogos se imprimen en cursivas.

He vuelto a leer, casi de un tirón, estas entrañables memorias, conmovido por la calidad humana del protagonista. Pero no se trata sólo de innegable etopeya (“descripción del carácter, las acciones y las costumbres de una persona”), sino retrato sociológico de las épocas históricas que le tocó vivir. Dos resultan aquí especialmente interesantes: los años cuarenta y los setenta del pasado siglo, marcados los primeros por las dificultades de la autarquía posbélica y caracterizados los otros por la explosión de un desarrollismo a ultranza. Aquel rapaz, de resistencia extraordinaria, siempre famélico, sobrevive malamente merced al rebusco, las trampas o el robo de bellotas, espárragos y aceitunas entre Feria, Santa Marta, Cortegana y el mismo Badajoz. Hasta que, apenas alcanzada la pubertad, decide meterse de polizón en un tren y largarse a Madrid, sin apoyo de nadie. Quien pudo convertirse en cualquier joven marginal, incluso peligroso, merced al formidable tesón y las dosis de atrevido ingenio que lo distinguen, irá transformándose en apreciado alarife y, bien pronto, notable constructor, especialista en restaurar antiguos monumentos. Después creará todo un abanico de empresas. Sin duda, como bien resaltan tantas páginas, su esposa, otra extremeña humilde, con la que lleva unido más de sesenta años, ha desempeñado un papel inconmensurable en la vida de Bartolomé Gil.

Mil anécdotas adornan el relato, algunas próximas al mejor surrealismo, tales las maquinaciones para “chorizar” y traerse un tranvía hasta Santa Marta, donde tanto lucharía por poner un polígono industrial que frenase la diáspora. O la relación de un viaje a Rusia antes de la “perestroika”. Y no faltan graciosas inexactitudes, como la de atribuir (pág. 260) a “Jaime Naranjo”, no a Eduardo, la autoría del volumen de grabados *Poeta en Nueva York*, maravilloso homenaje a García Lorca, del que hoy figura un ejemplar en la biblioteca universitaria de Albuquerque (USA), hasta donde lo llevó nuestro mecenas.

Lo hizo con la misma generosidad que lo indujo a apoyar ediciones (la *Historia de la Baja Extremadura*, entre otras muchas); excavaciones arqueológicas (v.c., Cancho Roano); rehabilitaciones (v.c., convento de Rocamador); asociaciones sociopolíticas (Hogar Extremeño de Madrid, AREX); periódicos o revistas y tantos otros proyectos que han ido llamando a sus puertas. Porque, según ha dicho a menudo, “del dinero que se gana, una parte pertenece a los demás”.

Aprovechando las prestaciones de Netflix, volvimos a ver *Mejor... imposible* (*As good as it gets*), que nuevamente nos encantó, dentro de su simplicidad e incluso previsible desarrollo. Jack Nicholson (neurópata), Helen Hunt (sensata y amable camarera) y Greg Kinnear, joven pintor gay, están geniales. Los dibujos que éste simula trazar se deben a Billy Sullivan, artista newyorquino cuyas obras figuran en el MOMA. Es una de esas películas que, además de divertir, te anima a ser mejor persona, más solidario con cuantos sufren.

Ein fröhliches Herz, Un corazón alegre, sugería el bueno de Kant en su *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten* (*Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*) como señal perceptible de buena voluntad. Nietzsche golpeaba la moralidad judeocristiana y la filosofía de Occidente (platónica) con su *Die fröhliche Wissenschaft*, cuya traslación a *Gaya ciencia* me gusta, recordándome al Machado de “Corté las viejas rosas del huerto de Ronsard; mas no amo los afeites de la actual cosmética, ni soy un ave de esas del nuevo **gay-trinar**”.

Pero tiene sentido, en estas angustiosas jornadas, acudir a los “Mestres del gay saber”, que los catalanes, recurriendo a una vieja tradición occitana, han ido consagrando. Manes de J. Verdaguer, J. Carner, J. M^a de Segarra o J. Maragall, alumbren las tinieblas del coronavirus en la “millor terra del món” (con permiso de Alicante).

5.IV

Pueri Hebræorum, portantes ramos olivarum, obviaverunt Domino, clamantes, et dicentes: Hosanna in excelsis (*Los niños de los Hebreos salieron a recibir al Señor con ramos de olivo en las manos, clamando y diciendo...*). Me impresionaba este motete de Juan García de Salazar (1639-1710), que tan acertadamente interpretaba el Domingo de Ramos la Schola cantorum del Seminario de Badajoz. La dirigía D. Carmelo Solís Rodríguez, que pasaba por ser uno de los máximos conocedores e intérpretes de España de la música gregoriana. Yo nunca pertenezco a tan prestigiosa escolanía, de la que también

escuchábamos con emoción pieza del folklore vasco, como *Yaki, yaki, euskalduna* (sin duda, en homenaje D. Eugenio Beitia, el gigantesco obispo auxiliar de Badajoz, a quien los curas se referían como “la peste aviar”, pues dicen que en sus visitas pastorales terminaba con todos los pollos del pueblo). Tiene su sal que yo, probablemente el peor oído que haya pasado por Badajoz, ingresara en la R. Academia de Extremadura para cubrir la plaza vacante por la muerte de Carmelo Solís y porte su misma medalla (nº 13). Mi discurso de ingreso (*Ensayistas extremeños contemporáneos*. Trujillo, 2005), contestado por Eduardo Naranjo, comienza con la lógica *laudatio* de tan notable músico.

Hoy, la Semana Santa se comienza suspendiendo la procesión de “La Burrita”, una de las más célebres en Badajoz, memoria plástica de la entrada de Jesús en Jerusalén, según los evangelios. No escuchará por las calles el *Pueri Hebraerum*, salvo que alguien animoso ponga el disco desde algún balcón.

Esta mañana he hecho migas para el desayuno, con sus correspondientes ajos y torreznos fritos. A Cintia le gustan mucho. A mí, bastante menos. En casa de ella, sus abuelos, labradores, las preparaban y comían antes de ponerse a trabajar, al salir el sol. En la mía, como almuerzo sólido. Se las solía acompañar con aceitunas y sardinas. (A principios del XX, la provincia de Badajoz era la de España donde este humilde pescado era más consumido. Entonces era asequible para los bolsillos pobres. Hoy, sus precios suben cada temporada, entre la escasez y su fama como fuente de omega-3. Fenómeno inverso a otro que se me viene a la memoria: a finales del XIX, costaba más en nuestras poblaciones un kg. de tocino que otro de carne. Lo vi en una nómina de productos que aparecía en *La Región Extremeña*, periódico de la república cuya colección guarda la formidable hemeroteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Badajoz).

En España, las cifras continúan aliviándose. Disminuye el número de nuevos contagiados y el de fallecidos, a la vez que aumentan los curados. Se pone de manifiesto que las calamidades repercuten siempre más sobre los débiles: las residencias de ancianos son auténticas morgues; en las provincias “vaciadas”, al carecer de un buen sistema sanitario, los enfermos aumentan y tardar en sanar, o fallecen; los inmigrantes, pueblo del “top manta” y gente marginal, apenas comen para sobrevivir. Otro tanto dicen que ocurre en Nueva York, foco hoy de la pandemia ecuménica. En sus barrios pobres el índice de infectados es mucho mayor y el deficiente sistema sanitario USA hace difícilísimo atenderlos debidamente. Los ricos, claro está, también mueren, pero en proporciones mínimas. (Tampoco en España fallecen los padres y familiares de los políticos, infectados algunos, pero con respiradores y demás útiles junto a sus casas, o ingresados prioritariamente en los hospitales, privados y públicos).

Alfonso Pinilla, joven profesor de Historia Contemporánea en la UEX, escribió en *El Mundo* (19-III-2020) “Diez lecciones del coronavirus”, un artículo que sigue teniendo absoluta actualidad. Partía del asombro que le produce ver como una molécula de ARN envuelta en proteínas –ni siquiera un ser vivo

sensu estricto—, surgido en una región de China, es capaz de poner en jaque a países y continentes enteros.

Ayer reseñaba yo en *HOY* la reseña de un libro suyo sobre el golpe del 23-F, *Golpe de timón. España: desde la dimisión de Suárez al 23-F* (Granada, Editorial Comares, 2020), donde estudia otra situación crítica que este país supo superar. (Tejero estuvo como Comandante de la Guardia Civil en Badajoz, hasta que el año 1974 fue ascendido a Teniente coronel y destinado a Guipúzcoa).

Hay acontecimientos históricos que prosiguen indelebles en la memoria de todos a cuantos nos tocó vivirlos de una u otra manera. Entre la lista de tales hitos, figura el golpe protagonizado por el teniente coronel Tejero aquel 23 de febrero de 1981. Otra cosa es que hayamos podido conocer los intrínquilos de aquella peligrosísima trama, según adelantase uno de sus principales fautores, el teniente general Milans del Bosch: “la verdad nunca se sabrá”, declaraba en la vista del juicio al que se le sometería.

Pero la verdad, recuerda el autor de esta obra, citando a Ortega y Gasset, no es un punto de llegada definitivo, que puede conquistarse de modo absoluto. Es más bien un logro paciente de nuevas perspectivas, el fruto de felices aproximaciones alcanzadas tras laboriosas búsquedas, lo que al científico le induce a proseguir en sus tareas.

Es lo que viene haciendo de modo ejemplar el doctor Alfonso Pinilla García (Montijo, 1976), profesor de Historia Contemporánea en la UEX para llevar la luz al 23-F: los personajes que lo organizaron y ejecutaron; los posibles factores y circunstancias desencadenantes; las actitudes que aquella tarde/noche mantuvieron militares en activo o jubilados, políticos, periodistas, servicios secretos, potencias extranjeras... y el mismo rey Juan Carlos. Cabe recordar aquí algunas de las obras anteriores del investigador extremeño: *Del atentado de Carrero Blanco al golpe de Tejero* (2003), *La transición de papel* (2008), *La legalización del PCE. La Historia no contada* (2017) y, lógicamente, *El laberinto del 23-F. Lo posible, lo probable y lo imprevisto en la trama del golpe* (2010).

¿Por qué esta nueva publicación? Por dos razones fundamentales: porque la historiografía sobre tan inquietante asunto ha ido incrementándose de forma sustancial, desvelando áreas ocultas (véase el rico apéndice bibliográfico) y porque Alfonso Pinilla ha tenido acceso a fuentes documentales, manuscritas o mecanografiadas, inéditas hasta ahora. Se las reproduce facsímiles en las páginas finales. Se trata del archivo de José Juste, el general que entonces mandaba la División Acorazada Brunete, la más poderosa del Ejército español y de cuyo comportamiento (al fin no salió de los cuarteles) dependía el fracaso o el éxito de aquel “golpe de timón” urdido por el general Armada y sus cómplices.

Reconoce el historiador que aún siguen existiendo zonas oscuras, sobre las cuales, sin embargo, se atreve a sugerir determinadas hipótesis explicativas, con el correspondiente argumentario. A la vez, las tesis que en torno al golpe, sus orígenes, desarrollo, vicisitudes y parón definitivo se aceptan como bien establecidas. Especial atención reciben los personajes más comprometidos: Armada, el hábil urdidor del tinglado, siempre desde una supuesta fidelidad a la Corona; Tejero, que desencadena, de forma grosera, y a la postre frustrada el “Supuesto Anticonstitucional Máximo” (a partir de la toma del Congreso); su

mentor, Milans del Bosch, el único capitán general que sacó los tanques a la vía pública; el propio Juste, que a punto estaría de hacerlo en Madrid y, cómo no, Juan Carlos I, “El rey de cristal”, quien más o menos informado e incluso consentidor de los detalles del operativo, finalmente reacciona hasta el punto de que “logró parar el golpe y enquistarlo en el Palacio de las Cortes y en Valencia” (pág. 102).

Sabrosas son también las anotaciones sobre otros personajes tal vez secundarios, pero claramente comprometidos, como el coronel San Martín, el extremeño Pardo Zancada (quizás el asaltante más coherente) o el comandante José Luis Cortina, un hábil espía.

Alfonso Pinilla, tan riguroso en el manejo de los datos, es también dueño de una excelente prosa. Su voluntad de estilo, patente en los estudios de historia, es la misma que lo induce a ensayar también obras de creación como testimonian sus novelas *Historia del silencio* (2013) y *El misterio de Montijo* (2018). Por eso *Golpe de timón* se lee con el mismo placer que un texto literario.

Enrique Sánchez de León, que conoce bien el paño (fue ministro de Sanidad con Suárez) ofrece hoy en *El Español* una excelente entrevista sobre gestión española de la pandemia, extendiéndose también a numerosas consideraciones sobre la política nacional. Le he puesto un email, felicitándolo.

6.IV

Según costumbre adquirida en la niñez, reforzada con algún gen, soy de amaneceres tempranos. Por línea paterna, pertenezco a una saga campesina, sometida a la “ley de bronce” que los gobernó secularmente: trabajo *de sol a sol*. Es verdad que también algún legajo añoso habla de Álvaro de Pecellín, distinguido en las guerras contra los moros de Granada, y que el maestro Juan Gil, sin declarar sus fuentes, atribuye a un tal Reginaldo Pecellín, fraile jerónimo, la autoría de las *Artes hispanicae Inquisitionis*, la primera obra publicada (Heidelberg, 1567) contra el temible tribunal, aunque la mayoría de los investigadores se la conceden hoy a otro “vecino”, Casiodoro de Reina, otro madrugador, exfraile jerónimo. (Para el proyecto “La materia extremeña”, que bocetamos con el fin de estudiar a los republicanos de la región huidos a México, guardo el nombre de Josefa Pecellín Chavero, monesteriense, casada con un comisario político de Albacete. Y no olvido cómo en la lista de fusilados por las tropas de Yagüe poco después de tomar mi pueblo aquel nefasto 4 de agosto, que Francisco Espinosa incluye en *La columna de la muerte*, figura José Pecellín Lancharro).

Nunca he logrado estudiar ni una sola noche, si bien me levanté muchas veces al amanecer. “La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo”, principia Cervantes el capítulo IV de la 1ª parte de su genial novela. Nietzsche tituló las impactantes *Morgen rotten* (*Aurora*) –el alemán se fija en los colores rojizos que el cielo toma al clarear el día– y ese nombre llevaba el crucero, que yo visité en San

Petersburgo, cuyos cañonazos se tienen como el alba de la revolución comunista rusa. Me sugestionó un día la sapiencia de D. Ricardo Senabre, oyéndole comentar un célebre poema de Blas de Otero, "Tañer": *Escucho, / estoy oyendo / el reloj de la cárcel / de León / La campana / de la Audiencia / de Soria. / Filo de la madrugada... / / ...oyendo / tañer España*. Luis Eduardo Aute, fallecido estos días, compuso una canción célebre, como denuncia contra los últimos fusilamientos durante el franquismo, *Al alba, al alba*, con que Rosa León nos sublevaría el ánimo.

Tras el aseo, repaso los emails llegados durante la noche y me pongo a leer la prensa. He sido desde mi juventud un asiduo a los periódicos. Como no nos fiábamos de los nacionales, a mediados de los sesenta me suscribí a *Le Monde*, que por cierto me llegaba a Extremadura con regular retraso, excepto quizá algún número especialmente molesto para la censura. Comencé a leer *El País* desde que lo fundaron, aunque en tantas ocasiones más que un diario informativo pareciese el Boletín semioficial del Gobierno. (Estas semanas últimas ha vuelto a desmarcarse y se muestra más crítico con la pésima gestión de la pandemia). A invitación de José Miguel Santiago Castelo (él me llamaba "rojazo" y yo lo calificué como "anarquista de derechas") colaboré bastantes veces en *ABC* y lo hago regularmente en el *HOY* luego de muchos lustros, casi siempre para escribir sobre libros.

Casi toda la prensa se hace ecos del discurso en que Pedro Sánchez solicitaba a los presidentes autonómicos relación de posibles estructuras, públicas o privadas, donde instalar a los contagiados por el coronavirus, que no presentan síntomas. El presidente tiró de metáforas y dijo que podrían funcionar como "arcas de Noé". (Es curioso que hombres tan laicos utilicen símbolos bíblicos en los momentos difíciles, tropos que nadie entenderá si se elimina la enseñanza de las religiones).

En relación con la alegoría presidencial, esta madrugada recibí elocuente email de un viejo amigo. Se trata de José María Fernández Gutiérrez (Mora de Luna, León, 1942). Ha sido catedrático de Lengua y Literatura española en varios institutos, pasando después a como profesor titular de la Universidad Rovira y Virgili, de Tarragona, donde jubiló, con una importante obra editada sobre sus anchas espaldas. Comenzamos nuestras relaciones por el común interés hacia Enrique Díez-Canedo (Badajoz, 1879-México, DF, 1944), al que yo quería dedicar un artículo en mi *Literatura en Extremadura*. El buen leonés había preparado en Asturias una antología con poemas del gran crítico (Almar, Salamanca, 1979) e hizo su tesis doctoral sobre el mismo en Asturias, bajo la sabia dirección de Martínez Cachero. Yo tuve el honor de publicársela (Badajoz, Diputación, 1984). Grande fue su alegría cuando le comunicamos que el Ayuntamiento pacense, merced al empeño de Jesús Delgado Valhondo, había decidido dedicarle una calle de la ciudad al ilustre "transterrado", cuyo nombre pusimos también a la primera de las Aulas literarias que fundó la AEEEX, entonces presidida por mí, siendo vicepresidente Ángel Campos Pámpano. También a solicitud nuestra, José María Fernández prepararía la edición, con enjundioso preliminar, del volumen *Cuatro novelas eróticas* de Felipe Trigo (Badajoz, Diputación, 1986), novelista al que tiene dedicados otros estudios.

Por invitación suya, estuve un par de veces en la Rovira y Virgili. Impartí, la vez primera, la clase "*Dictatum Christianum: erasmismo en la Extremadura del siglo XVI*", dentro del cursillo *Erasme i l'Erasme*. Se recogió en el volumen que con el mismo título publicaría dicha Universidad (Tarragona, Facultad de Filosofia i Lletres, 1986). Por cierto, mi apellido sufre en la portada una graciosa metamorfosis y aparece como "Pellecín". Me ocurre a menudo, como en la *Historia de Extremadura* de Víctor Chamorro o, peor aún, en el *Diccionario de autores*, pues me hace de difícil localización. (En un Congreso de Escritores Extremeños, que Antonio Vázquez, un socialista gallego cordialísimo, por entonces presidente de la Asamblea de Extremadura, nos hizo el honor de inaugurar, me citaba a menudo como "Pece-llín". De forma distendida, le señalé la errata, añadiendo la broma: tal vez el subconsciente de usía (era juez) le impide decirlo bien. Se echó a reír, negándolo con gracia: "es un simple lapsus, después de todo, no seríamos más que hermanos separados". Me caía muy bien aquel hombre.

Fui la vez segunda a Tarragona para intervenir en un simposio universitario sobre "Editoras Institucionales". El ambiente estaba ya muy agitado por el vendaval independentista. Hice un proemio en lengua catalana ante el numeroso público del salón de actos. Mis antiguos compañeros de curso en San Atón, Francisco Murillo García y Ángel Piñero Valadés, residentes desde hace jóvenes en Barcelona y que la dominan, me habían ayudado a preparar aquellas palabras introductorias, muy bien acogidas. Desarrollé mi conferencia ya en castellano, haciendo especial hincapié en la reedición facsímil que la ERE estaba haciendo de la "Biblioteca de Barcarrota" (aún no se ha culminado el programa). Después me explicó José María las dificultades que venía experimentando en su propio Departamento, sobre todo a partir de conocerse sus actividades como defensor de la lengua castellana en Cataluña. Hace poco, le solicité y puso prólogo, generosísimo, a mi libro *Bajo el sol de la dehesa* (Badajoz, Editamás, 2017).

Este fue el email que anoche me remitió: "Estamos confinados en nuestras casas, encerrados, privados de libertad. No podemos salir porque un poder superior nos lo impide. Poder omnímodo. El caos del diluvio. El caos del coronavirus. El Señor dijo a Noé: "Entra en el Arca con toda tu familia pues eres el único justo" que existe sobre la tierra. Y el Señor dijo en el BOE: "Todos adentro, encerrados", y hubo animales de la especie racional que no podían trabajar y no ganaban para comer. Pero el Señor mandaba en el BOE y los animales racionales tenían que obedecer al BOE. Con Noé entraron en el Arca parejas de todos los seres vivos, entraron macho y hembra de cada especie... y el Señor cerró la puerta por fuera". Y el Señor se guardó las llaves del BOE en el bolsillo. Y empezó a llover y se inundó la tierra. No sé las historias que sucedieron en el Arca pero se colige fácilmente que la pareja de tigres estuvieran a punto de comerse a la pareja de ciervos, que la pareja de serpientes no pararan de envenenar el ambiente, que la de monos estuvieran copulando noche y día para engendrar cientos de monitos y controlar todo y a todos los animales del Arca si aquello se prolongaba mucho. Lo más chusco era lo de los animales racionales porque decidieron desprenderse de la mitad de su cerebro puesto que no les servía para defenderse ante el BOE y el Señor. Y así los animales racionales se convirtieron en seres racionales pero descerebrados, aunque hay que reconocer que, pasado mucho tiempo y ya

liberados del encierro, algunos ejercitaron el cerebro y recuperaron la lógica y la razón, pero los más siguieron tarados y obedeciendo al Señor y a los Señores que se sucedieron en el tiempo. Y los Señores crearon una Asociación de Señores que llamaron Partidos políticos y mandaban y mangoneaban y vivían a costa de los animales racionales porque casi todos estaban descerebrados y no servía de nada que los que habían recuperado la lógica y la razón les dijeran que según la doctrina del Padre Mariana es lícito el tiranicidio cuando el Señor se comporta y es un tirano”.

7.IV

Para que no nos ilusionemos precipitadamente, las cifras que dan hoy sobre el C19 han empeorado, quizás por comparación con las de un fin de semana. De cualquier forma, nadie se fía mucho, porque se sabe que el Gobierno las manipula a la baja. Cuando se les reprocha (como ha ocurrido en Castilla-La Mancha, donde el número de fallecidos reales, según las funerarias, triplica los del Ministerio), se despachan culpando a un “error informático”. Esta gente nos trata como a tontitos.

Convendría recordarles las palabras de un clásico de las revoluciones contemporáneas: “La maquinaria del Estado centralizado, con sus órganos militares, burocráticos, clericales y judiciales, tan omnipresentes como complicados, oprimen el cuerpo vivo de la sociedad civil como una enorme boa... Todos los intereses, aun los más ínfimos, que resultan de las relaciones entre diversos grupos sociales se vieron separados de la sociedad misma, independizados de ésta y puestos en oposición a ella bajo la forma de interés del Estado, que administraban los sacerdotes de la divinidad estatal: la jerarquía de los funcionarios... Todas las revoluciones no han hecho más que perfeccionar dicha maquinaria estatal, en vez de liberarse de tan aplastante pesadilla.”

Leyéndolas, cualquiera pensaría en Kropotkin, Bakunin o algún clásico del anarquismo. Pues no, es un texto de K. Marx, tomado de su libro *La guerra civil en Francia* (1871), que se publicó veinte años después con prólogo de F. Engels. (Puede leerse en la red, digitalizado por Izquierda Revolucionaria de Sevilla). ¿A quién se le oculta que es como un retrato *avant la lettre* de lo que iba a ocurrir en Rusia y demás países soviéticos a partir de 1917? Pero, ¿hasta dónde cuadra con lo que se vive en España, donde también hay vestigios históricos de semejante calamidad?

Pese a todo, mantengo la esperanza de que vamos a superar la pandemia, aunque habremos de afrontar consecuencias gravísimas. Hoy se anuncia que la Feria de libro de Badajoz, cuyo pregonero iba a ser Javier Cercas, se traslada de mayo a septiembre próximo. Yo tenía comprometida la presentación de nueva obra de José Antonio Ramírez Lozano. Hace pocos meses, reseñé otra suya, *Un calcetín de lana rojo* (Palencia, Menoscuarto Ediciones, 2019), poniendo a mi escrito un título que ahora se me antoja

profético: “La gran amenaza china”. (Tal vez habría que cambiar los calzoncillos por mascarillas).

Pocas sorpresas caben con un autor como Ramírez Lozano (Nogales, 1950), cuyo currículum adornan muchos de los más importantes premios españoles concedidos en poesía y novela, tales el Juan Ramón Jiménez, Ciudad de Irún, Claudio Rodríguez, José Hierro, Blas de Otero, Ateneo de Valladolid, Fray Luis de León, Ciudad de Valencia, Alarcos Llorach, Juan March o Ciudad de Salamanca. Y, ya entre nosotros, el Felipe Trigo, Cáceres o Ciudad de Badajoz. Nómina abrumadora, a la que se suma el de la Crítica de Andalucía 2009, por *Las manzanas de Erasmo*, y haber sido finalista del Nacional de Novela 1984 por *Gárgola* (premio Azorín).

Impulsada por un nuevo galardón, esta vez el Camilo José Cela 2017, se publica *Un calcetín de lana rojo*, novela que reúne los rasgos más característicos del escritor extremeño. El protagonista es un joven vasco, Ignacio Andía, que se desplaza desde su Yurre natal a Sevilla para cursar estudios de traducción e interpretación. Homónimo del que Pío Baroja consagrarse con *Las inquietudes de Shanti Andía*, lo unen al mismo idéntico afán de aventuras e indeclinable espíritu épico, aunque las de este vizcaíno-trianero serán bien distintas a las de aquel esforzado marino. Las de Ignacio se desarrollarán junto al Betis, entre patios, calles, plazuelas, iglesias y sacristías tantas veces presentadas por el narrador. (Recordemos su *Bata de cola: apuntes para una teoría de Sevilla*. Mérida, ERE, 1995).

Si se añade que todo ocurre durante una Semana Santa, mientras miles de afanosos cofrades luchan por procesionar lucidamente sus pasos (no pocos se expresan en dialecto), tendremos el marco espaciotemporal más apetecible para nuestro novelista. Su extraordinaria fantasía, combinada con un espléndido dominio del lenguaje, le van a permitir componer un relato donde el indefectible tono lúdico funciona para “faire le point” humorístico a la magna empresa que el protagonista emprende.

Seguro como se halla de que los chinos nos invaden y se disponen no solo a dominarnos comercialmente, sino a destruir nuestra idiosincrasia nacional e imponernos su propia cultura merced a los recursos más sutiles, Andía se dispone a la santa cruzada. Apenas cuenta con más que sus propias habilidades (es un extraordinario pescador de calcetines y prendas íntimas caídas desde los tendederos hasta el patio común, que los chinos controlan) y la ayuda de Sofía, antropóloga italiana cuyos favores alcanzará.

Son muchos los enemigos a los que habrán de enfrentarse. Ninguno tan peligroso como los perros chinos o, peor aún, los ejércitos de hormigas chinas, amaestradas por los asiáticos para introducirse sutilmente por todos los rincones y descomponer los textos más significativos de nuestra cultura o deslizar en las etiquetas poemas, refranes e incluso fórmulas culinarias chinas. (El narrador ha recurrido numerosas veces a este recurso alegórico, asimilando las letras con los cuerpos de tales himenópteros).

Aquel ingenuo vasco, cuyos monólogos cimentan el discurso, y que “había puesto en comunicación a cientos de lectores de distintas lenguas sin ser capaz él de comunicarse” durante sus primeros meses andaluces, acertará implicando a muchos para conseguir el objetivo: los orientales no pasarán; el país se salva. Todo acaba felizmente. Sofía, al comprar unos calzoncillos,

descubre en la etiqueta un mensaje subliminar, ahora en castellano: "Estoy bien. Te quiero. Made in China".

Si un personaje de Luis Landero supo afinar en *Juegos de la edad tardía* las esquilas del rebaño para que modularan bucólicas sinfonías, otro de esta novela logra afinar las ollas a presión para que por sus espitas nazcan las notas más agradables. Como las que consigue Ramírez Lozano con la escritura.

Lo mejor que estos días ocurre son las lluvias, no muy intensas, pero frecuentes. Mis hermanos, campesinos, me dicen que las dehesas están espléndidas, avivadas con estos chaparrones cotidianos. Aún no han caído bastantes para reactivar los manantíos pero ya hacen que corran los arroyos hasta que el agua llegue a los embalses. Pero ya está aliviándose la tremenda sequía de los años últimos, capaz de llevarse alcornos y encinas centenarias. Al menos, no habrá que echarse puenso a las ganaderías antes del verano, cuando la yerba se agoste. También cabe esperar una buena cosecha de cereales, que alivie la lastimada economía de los labradores. Ahora, con los comercios semivacíos, tomamos conciencia de la importancia que tiene el campo. El mayor problema lo constituye ahora la necesidad de mano de otras para recoger los frutos (fresas, cerezas, verduras de huerta...). Continuará el de los bajos precio que los productores perciben, frenadas las protestas por la reclusión forzosa. Muchos tractoristas que inundaban las calles con proclamas, las vienen regando estos días, pagando ellos el gasoil, de líquidos desinfectantes. Son gente solidaria.